

SANTIAGO MUÑOZ MACHADO

CERVANTES

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
I. Una vida azarosa y novelesca	15
1. Lenta y compleja reconstrucción de la biografía de Cervantes	15
2. Fragmentos de una autobiografía	19
3. Los primeros biógrafos	36
A. La biografía literaria de Gregorio Mayans	37
B. Las primeras investigaciones de archivo: Vicente de los Ríos y Juan Antonio Pellicer	44
C. Quintana: un prólogo sin novedades	51
D. La biografía esencial de Cervantes por Martín Fernández Navarrete	52
4. Las primeras fabulaciones: la prisión de Argamasilla y el <i>Buscapié</i>	61
5. El juego de los dos Cervantes	67
6. Retratos de familia	76
A. El valor informativo del caso Ezpeleta	76
B. Ascendientes y colaterales	84
C. Ana Franca e Isabel	92
D. Catalina	95
7. Los mecenas de Cervantes	98
8. Amigos y enemigos	111
9. Lope de Vega: ¿amigo o enemigo?	120
10. El enemigo Avellaneda	129
11. El maledicente Blanco de Paz y otros difamadores	137

12. La competición/pasión por documentar la vida de Cervantes y los hechos probados	146
13. Nuevas investigaciones, narraciones y vidas noveladas	149
II. La creación del mito del <i>Quijote</i> . Textos corrompidos, ediciones ilustradas, comentadas y críticas	
1. Primeras ediciones del <i>Quijote</i> . Repercusiones	156
2. Las ediciones ilustradas del siglo XVIII	163
3. El <i>Quijote</i> de la Real Academia Española	165
4. Las críticas a la edición de la Academia: Baretti, Eximeno y «El Setabiense»	173
5. Las primeras ediciones comentadas: John Bowle (1781), Juan Antonio Pellicer (1797) y cuarta edición de la RAE (1819)	179
6. Los grandes comentaristas: Diego Clemencín y Francisco Rodríguez Marín (con referencia a la edición frustrada de Juan Eugenio Hartzenbusch)	185
7. Ediciones críticas y comentadas posteriores: de Shevill a Rico	200
III. Del tiempo de olvido a las exaltaciones del escritor	
1. Reponer a Cervantes en la memoria colectiva	213
2. Días de exaltaciones y honores.	217
IV. Los pilares del <i>Quijote</i> : en busca de su significado profundo.	
1. Propósitos y consideraciones preliminares.	225
2. El predominio de la concepción burlesca del <i>Quijote</i> en el siglo XVII.	229
3. Los análisis críticos de la obra cervantina en el siglo XVIII	233
A. El punto de vista neoclásico	233
B. La continuidad del neoclasicismo.	241
4. La interpretación romántica del <i>Quijote</i> . La recuperación de los romances	246
5. La concepción filosófica o esotérica del <i>Quijote</i>	252
6. Los grandes analistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX	263
A. Juan Valera	263

B. Marcelino Menéndez Pelayo	271
C. Ramón Menéndez Pidal	278
7. Las corrientes de la crítica literaria en el siglo xx	284
8. El ser de España y el carácter de los españoles: Ganivet, Unamuno, Azorín, Ortega y Gasset, Maeztu	290
9. Conexiones con la literatura del Renacimiento italiano. El pensamiento de Américo Castro	296
 V. La cuestión de las fuentes literarias de las obras cervantinas	 311
 VI. La presencia de la literatura popular y folclórica en la obra de Cervantes	 325
1. La literatura oral	325
2. La lengua del pueblo. Refranes, adagios, aforismos, sentencias, dichos, pullas, vejámenes y gallos	337
3. El carnaval como fuente literaria	348
A. La vida del revés	348
B. Figuras de carnaval	351
C. Representaciones carnavalescas	356
D. Situaciones y personajes carnavalescos en el <i>Quijote</i>	360
 VII. Política y sociedad en la España de Cervantes	371
1. La monarquía decadente	372
2. La monarquía festiva y las fiestas en el <i>Quijote</i>	380
3. El rey indolente y su corte: Lerma y familia	388
4. «Y en el discurso de su plática vinieron a tratar de esto que llaman “razón de Estado”»	398
5. Arbitrismo	404
A. El arbitrista Cervantes	404
B. Política para gobernadores	412
6. La sociedad y sus marginados	419
A. La sociedad en general	419
B. Pobres y vagamundos	426
C. El problema de los moriscos	435
D. «... ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos»	446
E. La marginación de los gitanos	451

VIII. La controvertida cuestión del pensamiento religioso de Cervantes	459
1. Sobre el erasmismo cervantino	459
2. Procesiones, almas en pena, imágenes inquisitoriales.	475
3. El culto a las reliquias	481
IX. Matrimonio y relaciones de pareja	489
1. La tradición y las normas pretridentinas	489
2. La reforma del matrimonio en el Concilio de Trento: precedentes y cuestiones debatidas. El decreto Tametsi.	497
3. Una fuente inagotable de inspiración literaria para Cervantes	506
A. El entorno y la nueva doctrina.	506
B. La fuerza del consensualismo	512
C. La cuestión de la indisolubilidad	518
D. Peregrinajes de amor	524
X. Magia, hechicería y brujería	533
1. Europa contra las brujas.	533
2. Encantamientos, hechiceros, magos y brujos en la literatura de Cervantes.	547
A. De la literatura clásica al Siglo del Oro.	547
B. Encantamientos y hechicerías en el <i>Quijote</i>	554
C. Brujas y hechiceras en las <i>Comedias, Novelas ejemplares y Persiles</i>	569
3. La posición de la Inquisición española y el pensamiento de Cervantes. La crisis de Zugarramurdi	579
XI. El viejo y buen derecho	591
1. El vocabulario del derecho como lengua narrativa y los conflictos jurídicos como materia literaria	591
2. Las opiniones de Cervantes sobre la legislación y la justicia de su tiempo	595
A. El lego experimentado.	595
B. El dominio de la jerga	598
C. Utilización de la legislación vigente	600

D. Prevenciones contra el legislador	603
E. La corrupta justicia.....	606
3. Las metamorfosis jurídicas de la edad de oro	613
4. ¿La defensa del derecho bueno y viejo es locura quijotesca?	618
<i>Notas</i>	627
<i>Bibliografía</i>	753
<i>Índice de nombres</i>	971

PRÓLOGO

El cuadro de Miguel de Cervantes que preside el gran salón de actos de la Real Academia Española es falso. Me sorprendió mucho la información, que no conocí hasta después de ser elegido miembro numerario de esta insigne corporación. Me consideraba un buen aficionado a Cervantes, lector asiduo y devoto de sus obras desde hace muchos años, y de ese cuadro había leído un entusiasta ensayo de mi admirado Francisco Rodríguez Marín, uno de los cervantistas más importantes que ha dado nuestro país, que mostraba sus seguridades sobre la autenticidad de la pintura. Había aparecido a finales del siglo XIX y fue motivo de gran alborozo porque se había buscado con empeño durante años un retrato del literato más genial que ha escrito en castellano y de pronto aparecía de manera insospechada. Era el retrato al que se había referido Cervantes en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*, el que seguía las pautas con las que él mismo había descrito su fisonomía: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña...». El retrato que el propio Miguel decía que le había pintado Juan de Jáuregui, uno de los más afamados pintores de su época. La figura representada en ese busto se ha reproducido en miles de ocasiones, en libros, carteles, folletos, programas audiovisuales e imágenes de toda clase, y no hay nadie, medianamente instruido, en el mundo, que no identifique el rostro representado como el de Cervantes. De modo que me sentí algo desolado cuando supe que el cuadro era falso. Sigue, no obstante, en el baldaquino situado detrás de la mesa presidencial del salón de actos porque, a pesar de su falsedad, no hay otra representación del escritor que coincida mejor

que esa con la idea que todos tenemos acerca del aspecto físico de Cervantes.

Y, sobre todo, las demás, que son muchísimas, tampoco pertenecen a su época sino a otras posteriores, de modo que, por lo que sabemos hasta ahora, ningún pintor tuvo a Cervantes sentado frente a su caballete. En la Real Academia Española hay otro retrato de busto, que preside una de las dependencias más usadas de la casa, pintado por Alonso del Arco, que también se tuvo por auténtico. Se exhibe en ese lugar secundario solo porque recuerda al gran autor. Pero también es falso.

Donde ahora cuelga el retrato de Jáuregui, estuvo algunos años una maravillosa pieza autógrafa de Cervantes, que ahora reside en uno de los rincones del despacho del director de la casa. Es una carta manuscrita dirigida por el escritor a don Bernardo de Salazar y Rojas, arzobispo de Toledo que, junto al conde de Lemos, fue su principal mecenas. Le expresa el más rendido reconocimiento por sus atenciones, que le están permitiendo poner en pie su obra literaria. Está escrita con la inconfundible caligrafía de Cervantes y lleva su firma, muy conocida porque ha sido reproducida con frecuencia. Pero, a pesar de las apariencias, resulta que también ese importante documento, enmarcado entre cristales que permiten examinar anverso y reverso, con una guarnición de madera labrada de estilo rococó, es falso, como demostró Rodríguez-Moñino, sorprendido de que nadie hubiera realizado, antes de que él lo advirtiera, esa observación tan evidente.

La vida del más importante escritor en nuestra lengua también ha sido sometida a importantes manipulaciones y desatinos. Realmente la ordenación de su biografía (en contraste con lo que ocurrió con las de Lope de Vega y Quevedo, que fueron escritas poco después de sus respectivos fallecimientos) ha necesitado tres siglos de vagabundeo por los archivos eclesiásticos, municipales y estatales, donde podía haber alguna huella de su paso por la vida. Saber más de Cervantes llegó a convertirse en un ejercicio apasionado desde mediados del siglo XIX hasta bien entrada la siguiente centuria. Fue preciso averiguar, poco a poco, datos tan esenciales como el lugar de nacimiento, los misterios de su salida de España y estancia en Italia, su alistamiento en la Armada que triunfó en Lepanto, el largo cautiverio en Argel, actividades económicas, procesamientos y relaciones familiares, etc. El propio escritor había dejado escrita en sus obras una fragmentaria autobiografía que sirvió de mucha ayuda a los biógrafos desde el principio. Se han despedido casi todos los mitos y relatos fabulosos mantenidos a lo largo de

los siglos, pero los estupendos tratados biográficos existentes aún incurrir con frecuencia en el serio defecto de no explicar las fuentes ordenadamente, para que pueda saberse la deuda que tenemos con cada investigador, o el de mezclar la biografía con sucesos novelados o dramatizados, recreando y deformando los hechos.

Están, por otro lado, los incontables equívocos que se han difundido con las interpretaciones de las obras de Cervantes. El tratamiento de sus libros ha merecido un sinfín de interpretaciones críticas, situadas entre dos polos muy alejados: quienes consideran al novelista como un escritor sostenido sobre menguados conocimientos teóricos y universitarios, pero con un ingenio fascinante (el príncipe de los ingenios lo apodamos para subrayarlo), por más que fuese un «ingenio lego», como lo calificó en su siglo Tamayo de Vargas. A gran distancia están los que creen que es un escritor omnisciente, que sembró sus obras de conocimientos de toda clase de disciplinas humanísticas y científicas. Gran conocedor de la literatura renacentista, del derecho medieval y moderno, sabedor de los fundamentos de la medicina, la astronomía, la economía, la agricultura, la navegación y cualquier otra ciencia o arte que le viniera a la pluma.

Por otro lado están los intérpretes simbolistas, que han encontrado en los pasajes de las obras cervantinas los más insospechados significados ocultos: claves que explican su vida, enigmáticas advertencias a enemigos ocultos, sutiles críticas políticas, elevados mensajes sobre los valores más importantes de la religión y del Estado, pensamientos encriptados de toda laya.

Estas maneras de entender la obra de Cervantes han repercutido en el estudio de las fuentes de las que se nutrió. Se han dedicado infinidad de páginas y esfuerzos para descubrir los pilares en que se apoyó. Ha existido el lógico empeño de los teóricos e historiadores de la literatura en buscarle antecedentes literarios a los personajes y situaciones de que se vale Cervantes. Pero, por más que ha sido admirable el esfuerzo, los frutos no han sido excesivamente relevantes, sobre todo por la general convicción de que, por más que se rastreen las fuentes, la creación original del autor es tan imponente que oscurece cualquier influencia. También se ha destacado la presencia en la obra de las experiencias vitales del novelista, a veces confundiendo lo real y lo novelado, como antes he dicho.

Son abundantes e inmejorables las biografías publicadas e incontables los análisis de la obra del gran escritor, pero es bastante menos habitual que ambas cosas se analicen también encuadrándolas en la sociedad de su tiempo, que fue una sociedad en transformación en la que estaban ocurriendo fuertes cambios en los valores y en las instituciones. Hablan-

do de Cervantes no puede decirse que quede un solo rincón de sus textos que no haya sido visitado, pero creo que estos aspectos políticos, jurídicos y sociales ofrecen todavía muchas cosas por descubrir.

La conexión de sus libros con las costumbres y creencias populares, la decadencia de las instituciones de la monarquía y la emergencia de un orden político nuevo, que contrastaba fuertemente con la vieja sociedad rural, estamental, estable y petrificada a la que perteneció Cervantes, permite completar la visión de la obra desde territorios mucho menos explorados. Los últimos años del reinado de Felipe II fueron una época de desencanto y declinación del prestigio de una monarquía necesitada de una fuerte transformación. Menudean las propuestas de los arbitristas, que se intensifican al llegar Felipe III al trono. Gobiernan los monarcas, apoyados en un corto número de asesores, una sociedad rígidamente dividida en estamentos, sin movilidad posible, con los cargos y oficios públicos puestos en venta y una corrupción esencial. Abundan los pobres y marginados, jugadores y pícaros; se desconfía de algunas minorías, como los gitanos. Algunas zonas del país están apestadas de bandoleros. Los moriscos siguen siendo un peligro para el que no se ve más medio que la exterminación o la expulsión. Los cristianos viejos tienen una posición preferente para el acceso a los cargos públicos y dignidades eclesiásticas y la pureza de sangre se ha convertido en una obsesión. La Inquisición vela por la integridad de la religión católica y reprime con dureza a los apóstatas y herejes. La sociedad cree en las brujas y los encantamientos, en sus vuelos nocturnos en escobas o trozos de madera para encontrarse con el diablo en el *sabbat* o aquelarre. Cervantes es conocedor de las críticas surgidas en la propia Inquisición con ocasión del gran proceso celebrado en Logroño en 1610 contra las brujas de Zugarramurdi. La justicia penal ofrece muchas inseguridades a los acusados; se aplica la tortura judicial como medio de prueba. Las normas no proceden de las costumbres forjadas por el pueblo, sino que dependen de la voluntad del monarca: *allá van leyes do quieren reyes* es un aforismo repetido muchas veces en las obras cervantinas. Cambian las reglas sobre el matrimonio, tras el Concilio de Trento, y la sociedad española está dividida entre la aplicación de las nuevas normas o la conservación de las antiguas, que permitían la convivencia en pareja sin la formalidad matrimonial. Se trata de poner en pie nuevas formas de gobierno que glosan las «Constituciones» de Sancho para Barataria.

La pequeña historia de las razones por las que me dispuse a escribir este libro empieza por el sobrecogimiento que me produjo relacionarme de

cerca con una imagen falsaria de Cervantes, hace casi diez años. Surgió de aquí la idea de que podría ser bastante pertinente preparar una obra que recorriese la vida, la obra, la sociedad y la política de los tiempos de Cervantes. De todo ello se ha escrito alguna vez, pero pocas, si alguna, de la manera sistemática en que he querido hacerlo en este libro, donde, desde luego, añado perspectivas nuevas y, sobre todo, mis puntos de vista sobre cada uno de aquellos aspectos. Confío en que sirvan para volver a iluminar las muy esclarecidas vida y obra del más grande novelista que han dado los siglos.